

Jardín del Sur

CRÁSULAS

Quise seguir vuestro ejemplo:
proveerme prudente
de agua y cruzar el verano
-la estéril sal del verano y los cuerpos de arena-
Me apliqué, como hormiga,
a una previsión estudiada de lluvias,
a una oscura hinchazón de cisterna y aljibe.
Nunca en mis brazos corrió aquella savia
y la caricia menor
me partió la blandura del tallo.
Un riego excesivo me pudrió las raíces.

YUCCA ELEPHANTIPES

Como el pie de elefante
que, temiendo herir el jardín,
olvidó la costumbre fiel del paso
y se hizo raíz, carne
de un dios escoriada hasta el leño.
Así llegó a parecerme la vida,
coronada de púas,
lastimero Ecce Homo
sin sayones ni azotes
en el centro del patio.

ROSAS

Después del amor podé tus alas.
Fue en ese rato
de barco a la deriva de los cuerpos
(mientras fingía
mojar un dedo en el río de tu espalda)
Al ver las rosas de sangre entre las plumas,
te dije que no fueras a asustarte,
que no hacía falta llamar a ningún médico,
que la vida eran dos días mal contados,
que las cogieras, tonta,
porque eran tuyas y se ajaban enseguida.

ADELFA

Las largas avenidas separadas por mediana.
Los días con horario de oficina.
La vida con esclusas:
el tráfico rodado, las aguas estancadas.

Aquella tarde quise
florecer como vosotras
en el escaso pretil de mis carriles
y si unos labios osaban deshojarme
destilarle hasta la última
amargura de un veneno.

HIBISCO

Trae siempre un recuerdo de belleza
de antiguos veranos
cuando acaso mi madre aún joven
engastase en su pelo
la efímera seda de sus pétalos
y tal vez yo ignorara
la relación de su larga nombradía:
hibisco, cardenal, flor de China, pacífico.
Quizás el más justo título
fuera aquel: flor de un día,
por aquel ebrio cementerio entre bañistas
de dardos muertos de luz sobre la hierba.
Sin saberlo aquellos cuerpos marchitos en el césped
durante tantos estíos te invitaron
a un *carpe diem* puro, donde el agua
y el sol todo nombre borrasen.
Al cabo de los años, ya inútilmente,
en la roja y sabia trompetería de pistilos,
distingo la voz que me animaba
a dejar de escribir y hundirme en la piscina.

AVES DEL PARAÍSO

En aquel jardín de barrio
me senté a vuestro lado y mis manos
lacias se entregaron al mimo
como pájaros quietos,
como aves cuajadas entre hojas más lívidas.

Por encima de mi hombro
desleísteis mis libros
y no os perturbó aquella burla.
También vosotras brotaréis a la luz
cuando abra mis jaulas.

FICUS ELASTICA

Es primero una hilacha,
un hilo de carne desprendida,
la barba o el recuerdo de dos días.
Después se torna un fleco recrecido,
el andrajo de tiempo que no oculta
su vocación de amarra, su hábito de tierra.
Acaba fundida con el tronco
y no admite tala sin perjuicio
del cuerpo que la asila.

Arriba, es verdad, está la copa,
el esplendor satinado de sus hojas.
Pero abajo siempre hay un harapo
de aire y de raíces:
la memoria
buscando abrazarse a más memoria.

PARADISE LOST

Antes de que llegue el invierno y la piel añore
días mejores, la larga caricia
de sus brácteas malvas,
en una perdida reseña conozco
que un navegante francés le dio nombre:
Louis Antoine de Bougainville,
cronista de su propio viaje
alrededor del mundo.
También a él agradezco y perdono
este incendio alevé de mayo
que prende el deseo y a la memoria arroja,
como a un perro insaciable,
otra imagen falaz de paraíso perdido.

Reseña:

Supongo que “Jardín del Sur” es un intento de redactar un pequeño bestiario hacia adentro, un breve herbario de carencias, un amago de alojar entre hojas blancas un puñado de sombras puestas a secar. “Sombra del paraíso”, sí, pero de un paraíso menor, manchado de la propia indigencia de lo cotidiano y al tiempo raído por el roce fatigoso de la sublimación. Vaga comunión con lo que queda de cualquier Sur después de algún derrumbe, de algún desahucio. Ensayo de no ser mucho más que eso: la hilada de adelfas que entretiene una mediana, el muñón municipal de una yuca, la